

ATRINCHERADO... unas notas epilogales sobre la obra de Pedro Déniz

El amplio trabajo artístico multidisciplinar del creador grancanario Pedro Déniz, a primera vista puede parecer puramente conceptual, e incluso únicamente conceptual.

Tal vez esta simplificación ocurra porque estamos prejuiciados con el arte conceptual, o como dijera Simón Marchán Fiz “el arte de concepto”, definición que personalmente me gusta más como idea graficadora de su metodología.

El público, en general, tiende a entrar en una especie de estado de rispidez o irritación inmediata cuando apreciamos que existe un componente verbalizante en una obra de arte, lo cual nos hace deducir, sin ni siquiera analizarlo, que palabra (palabrería o verbalidad) = a concepto.

Deducción o análisis fenomenológico que puede ser erróneo de antemano.

Pues las ideas no sólo se representan con el lenguaje verbal.

De hecho, de eso va el “hacer Arte” a día de hoy, de desarrollar ideas.

La diversificación del conceptualismo en este sentido está en darle más importancia a la presencia tácita de la idea, que a sus manifestaciones formalistas.

Pero igual esto puede ser “mal leído”... porque se cae en la trampa de creer que allí donde hay palabras, e incluso, solo letras, ya hay ideas, o sea: conceptos.

Si bien es cierto que por un lado este es el punto de inflexión que el arte de concepto usa como pivote para revolucionar el arte desde la vanguardia hasta hoy, hay otro componente que lo hace divergente, y es su capacidad de construirse como lenguaje que analiza el lenguaje y el campo del arte en sí, lo cual lo hace metalingüístico.

Entonces, ante tanta densidad analítica, al público de a pie le repele, le da urticaria. O justo lo contrario, le provoca intriga, incertidumbre, despertando su interés.

Dependiendo del nivel intelectual y del entrenamiento visual de dicho público, comprende o no que el arte de concepto trabaja con conceptos y no formas pero no evita por ello manifestarse, es decir, hacerse cosa artística tangible.

Sobre esta delgada línea roja (y aquí hago una evidente deriva históricocinematográfica) Pedro Déniz articula su obra.

Sobre la línea que se traza entre el pensar y el dudar, pero dicha duda la genera una experiencia. Solo que al contrario de lo que parece esa experiencia en Pedro es más emocional que racional, o al menos, eso es lo que a mí se me antoja.

Con un trabajo que se argumenta desde la proyectualidad más específica, de hecho algunos críticos y colegas artistas lo tilda de manera positiva de bienalística (como si existiera un “arte bienalístico”), Pedro lleva más de una década construyendo Trincheras del pensamiento¹ para reflexionar sobre el estado de las cosas allá donde va.

En la Bienal de La Habana (Cuba), México DF, Esles, Santander (Cantabria), y a día de hoy su ciudad natal, Las Palmas de Gran Canaria.

Es evidente que la idea misma de construir una trinchera es una metáfora en sí.

Una solidísima consolidación de un bastión. Un lugar donde refugiarse, pero desde donde estamos listos para atacar y defenderse.

Llegados a este punto, Pedro Déniz en sus trincheras nos pregunta qué vale la pena cuidar, atrincherar, resguardar, proteger.

Si un artista decide hacer una trinchera el gesto mismo de hacerla ya evoca un significado en esa acción. Algo de lo que Pedro es un hábil hacedor tras su participativa producción accional y performativa.

Que estas trincheras sean además enclavadas en proyectos públicos, eventualidades artísticas o recintos museísticos indica otro signo, un acto de resistencia.

Una nota discordante, un llamado, un reclamo de nuestra atención.

En este caso, para la redefinición de cómo cuidamos nuestras reflexiones, libertades y emociones.

No en balde, su última trinchera arma el dibujo vertical de un corazón, el simbólico signo de nuestros sentimientos, nuestros recuerdos, nuestra memoria.

Un lugar donde la emoción se guarda, atrincherada, para desde ahí, autodefenderse, para evitar que explotemos.

Y ahí, el concepto, deja de ser concepto -palabra construida en la lengua- para ser erizamiento, sorpresa contenida, lágrima oculta, vibración, añoranza.

Como si el artista nos indicara con este gesto de atrincherarse y atrincherar nuestra mirada, que lo que vale la pena guardar siempre está dentro de nosotros, y ese “adentro” nos hará fuertes para afrontar nuestra externalidad atacante, devastadora, para desde ahí pensar que la adversidad de nuestra cotidianidad, es tan solo una mota de polvo que no nos hará daño.

Y es así como un concepto, una palabra, se torna remolino, tropel de sentidos que nos abraza, nos cuida, nos inunda de energía y nos hace sentir vivos.

*Omar-Pascual Castillo | Director del CAAM
Las Palmas de Gran Canaria, España | Otoño, 2014*

1 Título de la serie, de la cual ya ha ejecutado cuatro variantes.